



LA MUJER MUCEÑA: TRADICIÓN Y AGUANTE

Por:

Carolina Delgado Arévalo

Dirigido por:

Johanna Parra Bautista

Periodismo y Opinión Pública

Escuela de Ciencias Humanas

Bogotá, Colombia

Abril, 2020

JUSTIFICACIÓN

Las esmeraldas colombianas son consideradas las más preciosas y apetecidas en el mercado internacional. Sin embargo, la industria y sus ganancias no producen suficientes beneficios ni regalías para el departamento de Boyacá y en general para los municipios que la producen (Leiteritz y Riaño, 2013)¹. La cadena de producción y exportación de esmeraldas ha tenido cambios sustanciales debido a grandes hitos que oscilan entre la guerra, el poder y las economías subterráneas.

Los estudios en el Occidente de Boyacá se han concentrado en profundizar sobre la época de La Violencia, especialmente los enfrentamientos entre los patrones de las esmeraldas (Uribe, 1992; Leiteritz y Riaño, 2013; Gutiérrez y Barón, 2008), que visibilizaban únicamente a estos actores dentro del mundo esmeraldero. Bajo este panorama, los medios de comunicación han reforzado el imaginario de violencia, opulencia y poder de las estructuras patronales en el negocio esmeraldero.

Así bien, es necesario comprender la importancia de las actividades que ejercen otros actores claves en el contexto de la minería esmeraldera. Entre ellos las mujeres, quienes según Johanna Parra (2006) han tenido un rol determinante dentro del negocio de esmeraldas y han sido invisibilizadas en el territorio de la provincia de Occidente. La región minera del occidente de Boyacá se compone de los municipios de Quípama, Otanche, San Pablo de Borbur, Maripí, Muzo, La Victoria, Briceño, Buena Vista, San Miguel de Sema, Saboyá, Tununguá, Caldas, Coper y Chiquinquirá, como capital de Provincia.

El municipio de Muzo ha sido reconocido por la nación como la capital mundial de las esmeralderas, es uno de los municipios con mayor producción de este mineral y además padeció de primera mano la dureza del conflicto esmeraldero de las décadas del 80 y el 90 por amenazas internas entre los patrones esmeralderos y desacuerdos por el poder y el contrabando hasta la fecha (Gutiérrez y Barón, 2008).

Las mujeres representan el 46% de la población de Muzo, sin embargo, han sido limitadas las oportunidades laborales dentro de las empresas mineras (Navarrete, 2016, 22 de noviembre). No han sido beneficiarias por políticas con enfoque diferencial por las entidades públicas ni privadas. De allí la relevancia del presente proyecto, que busca desde la crónica como género periodístico, evidenciar de manera narrativa el rol de las mujeres mineras en el contexto del machismo arraigado en el occidente de Boyacá. Las mujeres son protagonistas de emprendimiento y al adaptarse a un contexto, ya no de guerra, pero sí de

¹ Según la Ley 756 de 2002, artículo 19, por concepto de regalías la explotación de esmeraldas debe pagar el 1.5% del valor del material extraído, en la práctica no es así, lo que se recibe por regalías es un valor mucho menor, dado que gran parte de la producción no puede ser monitoreada por las autoridades. En consecuencia, los municipios productores reciben por regalías mucho menos de lo que deberían (Leiteritz y Riaño, 2013).

pobreza y bajas oportunidades, también han encontrado otras maneras de levantarse de los rezagos del conflicto. Aquí, el periodismo resulta una herramienta de empoderamiento para visibilizar a las mujeres del municipio de Muzo, y que su historia se marque como un hito de reconstrucción después del conflicto.

OBJETIVOS

General:

1. Exponer las condiciones de desigualdad que padecen y han padecido las mujeres en el contexto minero de la región esmeraldífera del Occidente de Boyacá, específicamente en el municipio de Muzo.

Específicos:

1.1 Presentar el contexto histórico y actual de las mujeres que se vieron afectadas por el conflicto esmeraldífero.

1.2 Identificar las necesidades y dificultades de la mujer muzeña en el contexto minero.

METODOLOGÍA

El diseño de la presente crónica es una investigación de tipo periodístico con alcance exploratorio, ya que el objetivo es lograr una aproximación a un tema que ha sido poco trabajado como lo es el rol de la mujer en el contexto de la economía minera en Muzo, Boyacá. En este caso, la crónica periodística se enfoca en los testimonios e historias de las mujeres de este municipio y las distintas relaciones que han establecido.

Las técnicas de investigación que se emplearon están basadas en un enfoque cualitativo. Este se emplea con el objetivo de comprender una realidad social, que aparta las visiones generalizadas que no son aplicables a los hechos sociales, donde no persisten las leyes universales, sino historias, percepciones y emociones de los actores sociales a estudiar por medio sus revelaciones (Ugalde & Balbastre, 2013). Esta crónica emplea una serie de entrevistas a profundidad a mujeres que se vieron afectadas directa e indirectamente por los estragos del conflicto esmeraldero en el Occidente de Boyacá. Esta técnica efectúa encuentros con las entrevistadas, recolección de insumos y registro y en fase de revisión y análisis, fue determinante estudiar cada entrevista y así responder a los interrogantes previamente planteados. Se hace uso del método observación no participante con el objetivo de entender y familiarizarse con las dinámicas y el contexto de dichas mujeres.

En un producto periodístico es importante conocer detalles, rastrear y analizar las acciones de los personajes y así, junto con la información obtenida de manera explícita de su parte, obtener una visión más completa de las situaciones. Estas dos técnicas se configuran como las más idóneas para satisfacer los objetivos específicos de la investigación, ya que

permiten obtener información de primera mano por parte de los personajes más importantes, como la descripción de su entorno desde un sujeto externo.

Así bien, partiendo de los objetivos específicos, la investigación cuenta con dos poblaciones o universos de estudio. La primera de ellas, como se mencionó anteriormente, son las mujeres invisibilizadas de las Guerras Verdes. El tipo de muestreo utilizado consistió en uno no probabilístico por bola de nieve, dado que no existe un censo específico de dichas mujeres y asimismo fueron ellas quienes me permitieron conocer a sus familias y otros casos de mujeres para obtener una muestra suficiente. Esta selección fue realizada a partir del contacto previo gracias a algunos lazos cercanos que me permitieron acercarme al campo.

Por último, la segunda población de este estudio son líderes de asociaciones productivas y de intervención social de Boyacá, que promueven proyectos de desarrollo humano, la potencialización y la dinamización de las actividades productivas y económicas. Se entrevistaron a profundidad a partir de un muestreo no probabilístico por juicio, con el objetivo de conocer los proyectos o manifestaciones desde el sector público estatal hacia las mujeres del municipio.

Foto por: Irana Herrera integrante del Semillero de Economía y Sociedad en Boyacá, Universidad del Rosario, 2019.

LA MUJER MUCEÑA: TRADICIÓN Y AGUANTE

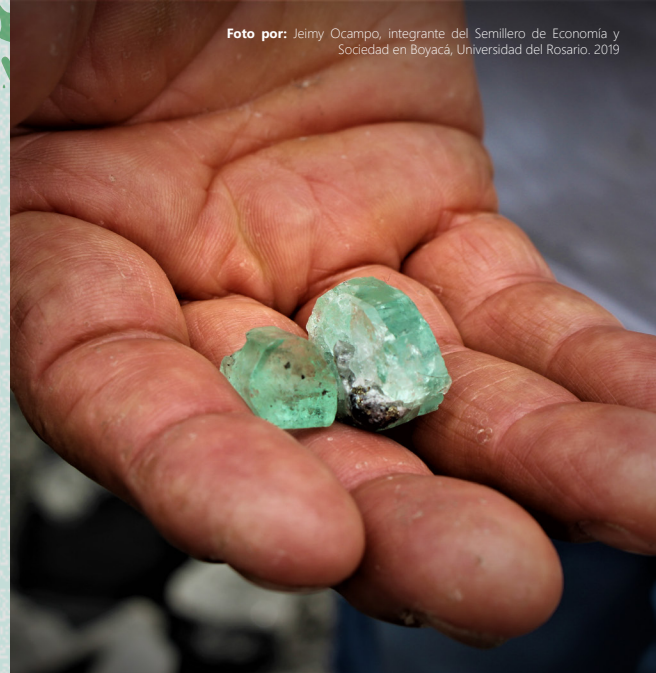
Esta es la historia de un par de mujeres muceñas que han buscado un golpe de suerte para cambiar su vida significativamente ante los despojos y la violencia del negocio de la esmeralda.

Por: Carolina Delgado Arévalo

Crónica presentada para optar por el título de Profesional en Periodismo y Opinión Pública



En el viejo radio reloj parpadea una luz roja marcando las 3:00 de la mañana. Como todos los días, es momento de iniciar una inquietante e inesperada jornada, que tiene un solo objetivo: 'enguacarse', encontrar una esmeralda valiosa y poder negociar con su valor. Sin poder moverse por la incomodidad, Alba despierta a sus dos hijos que duermen junto a ella, en una cama sencilla que soporta a tres personas en este caído, pero cálido hogar. Hoy tuvo para el desayuno, mañana no sabe. Los niños quedaron solos, a espera de una vecina que horas más tarde los alistará para ir al colegio.



La ilusión de tener para las otras dos comidas del día es lo que la motiva a sentarse a las 3:45 a.m. en una esquina de la Vereda Sorquesito en Muzo, la capital mundial de las esmeraldas. Allí se encuentra con un grupo de mujeres que con sus herramientas pesadas y sus botas que pelan, la esperan para ir a 'guaquear'. Su mayor preocupación, la que le da la berraquera, la fuerza para alivianar la carga y curar la llaga es **"qué voy a hacer, si no me alcanza para..."** Siempre pensando en que no les falte la comida a sus hijos, sus libros y su vestir.

Su camino hacia la mina está acompañado por la suerte, algunos días, los comerciantes que pasan en sus camiones las llevan a su destino, y el grupo de mujeres que oscila entre los 25 y 45 años se sube, una ayudando a la otra, brindándose apoyo entre compañeras. Esto no ocurre constantemente, es cuando los comerciantes se "levantan de buenas pulgas". Los demás días, a pesar de que haya niños, niñas, mujeres o ancianos no resulta ser un asunto prioritario para los conductores, pues es un trabajo que no diferencia entre edad o género. Hay otra opción que no resulta viable para ellas: carros a los que se les paga entre 7 y 12 mil pesos para ir a la mina más cercana, que está más o menos a una hora. **Pero si hay para el pasaje, no hay para la comida.** Así Alba y sus compañeras emprenden el vía crucis con una caminata de tres horas por la trocha para llegar a la mina.

Este es el inicio del día a día de la travesía de una guaquera muceña que vive de la tradicional labor de la minería esmeraldera: la guaquería, un trabajo pesado en el que lucha para llevar el pan a su hogar.

La minería esmeraldera: el corazón de Muzo, Boyacá

La esmeralda colombiana, reconocida por su valor y belleza alrededor del mundo, es una piedra preciosa que hace parte de la historia ancestral del país. Destella un color verde que atrae la mirada de nacionales y extranjeros que aprecian y le dan valor a su pureza y brillo, el mismo que identifica a Colombia por sus montañas y reservas naturales. Un color que perfila paisajes enmarca ríos y quebradas, y traza las montañas de la Cordillera Oriental que resguardan las esmeraldas. Es este mismo verde seductor, intenso y atrayente, el que atraviesa los departamentos de Boyacá y Cundinamarca, y el que nos lleva como un imán hacia la mayor fuente de esmeraldas: el Occidente de Boyacá; y en el que **la capital de las esmeraldas**, Muzo, emerge protagónicamente por su aporte a la minería esmeraldera.

La explotación de esta piedra ha contribuido, a través de las décadas, al crecimiento económico de Colombia: la historia ha posicionado al país como la región con esmeraldas de mayor calidad, también como el segundo productor de esmeraldas de exportación en el mundo.

Desde la época precolombina, esta ha sido una actividad tradicional realizada principalmente en el occidente de Boyacá, un territorio de difícil acceso

por su topografía, y con un clima que históricamente ha dificultado el asentamiento humano, **como si las esmeraldas quisieran permanecer ocultas**, fusionadas con el verde de las montañas. Así que los pobladores tuvieron que arraigarse en la periferia, vigilándolas, resguardándolas a la distancia: en la planicie alta de Chiquinquirá y los pueblos vecinos, alrededor de las minas.

Alrededor de esta actividad se han generado dinámicas económicas, sociales y culturales por el sistema productivo de extracción y comercialización de la piedra, y las cuales se han transformado históricamente. Los rostros y las manos de las mujeres muceñas son el testimonio vivo de estas transformaciones: salieron de sus hogares hacia las minas para g.uaquear, un trabajo tradicional y propio de hombres. La zona es, también reflejo de la historia: por el valor económico de las esmeraldas, ha presenciado enfrentamientos y penurias entre productores y comerciantes, principalmente en la región esmeraldera, donde las mujeres han sido las víctimas invisibilizadas.

Esta región mística, oculta e inaccesible, fue también territorio de guerra. Enfrentamientos por el control del territorio, de las minas y de la población, conflictos de índole económica que se sobrepusieron a otras esferas, en los que tuvieron lugar actores armados que se camuflaron en el verde de las montañas. No son los mismos que se relacionan a nivel nacional con el Conflicto Armado Interno.



Producto Interno Bruto del sector minero:

USD 144,8 millones 2017

Aquí la guerra no tuvo esos rostros. Pues históricamente ha sido una zona hermética y de difícil acceso, más aún cuando existe una suerte de pacto de silencio sobre el control y manejo del negocio de la esmeralda. Pacto que se extiende a otros escenarios como el de la violencia hacia la mujer.

El color verde no solo delimitó las montañas de la región, ni solo representó el color vibrante de las esmeraldas, también le brindó una denominación a los conflictos en el Occidente de Boyacá: las llamadas Guerras Verdes (1965 – 1989), que marcaron la disputa entre los patrones esmeralderos que ejercían el poder de la zona. Un poder que les permitió, por las relaciones familiares y de compadrazgo, tener el control de la vida misma de los hombres que conformaron sus ejércitos privados (pájaros, guardaespaldas) y de las mujeres que debían brindar su compañía sentimental y sexual, generalmente en contra de su voluntad o con su voluntad comprada.

Uno de los territorios profundamente afectados por las pronunciadas guerras verdes entre clanes esmeralderos fue el municipio de Muzo, ubicado en la zona noroccidental del departamento de Boyacá, donde se concentran los mayores yacimientos de esta piedra preciosa. Un pequeño municipio desconectado de las principales redes viales, **oculto, inaccesible, rodeado de misticismo.** Durante un largo tiempo fue testigo de la crueldad de la guerra, viendo sus muertos flotar en el Río Minero, muertos que encarnaban la fiebre verde.

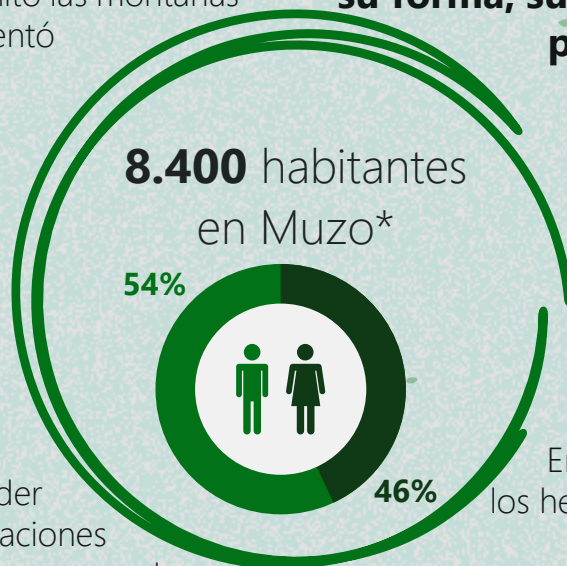
Antes y durante el conflicto, el panorama estaba definido: los hombres, productores y detentadores del poder económico, y las mujeres, las dueñas de los espacios domésticos, pero no las dueñas de sus cuerpos. En estos territorios ocultos, se entrelazaban formas de dominación que causaron, entre otras cosas, que las mujeres fueran intercambiadas por dinero, **analizadas por su forma, su brillo, su tono y su**

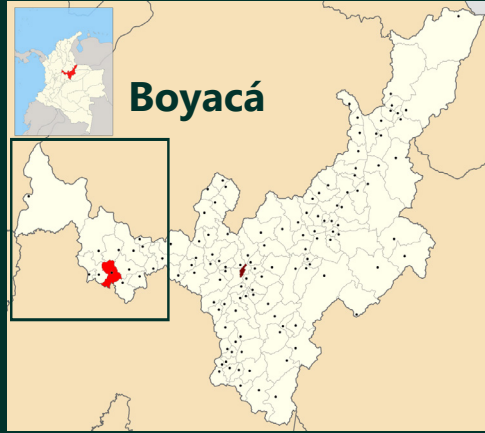
peso, como una esmeralda.

En la zona esmeraldera, la dominación de los hombres se sobrepuso violentamente a las acciones y decisiones de las mujeres, como lo afirma la socióloga Johanna Parra en *Familia, Poder y Esmeraldas*.

En Muzo, los hombres fueron los heridos por los enfrentamientos bélicos y los principales muertos en combate. El verde se tiñó de rojo. Las mujeres fueron quienes sobrellevaron el viacrucis durante la guerra y en los posteriores acuerdos, quedándose con el recuerdo latente del conflicto reflejado en la mirada de sus hijos e hijas. Como evoca Tatiana Navarrete en *Mujeres tras el telón de la guerra*: “si bien en la última década no ha habido conflicto, persiste la pobreza, la falta de oportunidades y la ausencia del Estado”, un padecimiento prolongado, al ser ellas quienes quedan viudas, con hijos, responsabilidades y sin el reconocimiento como víctimas de un proceso de violencia de tal magnitud.

Pero en el aguante y las ganas de reescribir su historia, las mujeres, quienes se llaman a sí mismas sobrevivientes, desde las Juntas de Acción Comunal han liderado grupos colaborativos que buscan alternativas eco-





Boyacá



Occidente de Boyacá

Fuente Cartográfica: IGAC año 1988

ómicas a la situación de la región. Este trabajo que apenas inicia requiere el apoyo tanto del Estado para ser reconocidas como víctimas de estas guerras, como de la correcta organización de la comunidad.

Esta realidad no se representa en cifras, a pesar de que la Gobernación de Boyacá ubica a Muzo como el segundo municipio del occidente con mayor índice de violencia sexual: **11,7 por cada 100.000 habitantes**, los números no develan los matices, los horrores, las sombras del padecimiento de las mujeres. En la región además de la falta de acceso a la justicia, reina el silencio, los pactos de patronos que compran a sus víctimas y las callan. Oculta, invisible e ignorada. La violencia y el silencio se impusieron como forma de dominación, atacando a las mujeres en todos sus matices: física, psicológica, moral, económica y socialmente.

En las prácticas tradicionales de la minería esmeraldera, la ausencia de las mujeres en la profundidad de las minas era común. El occidente de Boyacá había concebido una creencia popular: “si las mujeres entran a las minas, las esmeraldas se esconden”, como si las esmeraldas no hubiesen intentado ocultarse desde la época precolombina. Sumado a esto, existieron normas presidenciales, como el decreto 1335 expedido por el Gobierno del presidente Virgilio Barco, que prohibía el trabajo de mujeres de todas las edades y de varones menores de 18 años en labores subterráneas relacionadas con la actividad minera.

Esto reforzó las posiciones tradicionales que tenían los hombres y las mujeres en Muzo, lo que limitó su participación en espacios públicos, haciendo que la gaaquería fuese una actividad exclusivamente para hombres, mientras las mujeres se hacían cargo del hogar y, en contadas ocasiones, ejercían como secretarías y ascensoristas en las compañías mineras de la región.

En los últimos años, el empoderamiento de las mujeres también se ha pintado de verde: en la profundidad de las minas, encontraron nuevos espacios, nuevas oportunidades, a pesar de los esfuerzos físicos que requiere la gaaquería. **En la profundidad de las minas resonó el aguante, y el aguerrido y valiente esfuerzo de las mujeres muceñas.**

En resumidas cuentas, y como enuncia Helí Valero en El río Minero: matagente, ladrón y fantasmal: al gaaquero nunca se le dice esmeraldero, esmeraldero se le dice al que la compra y la vende, el gaaquero es simplemente gaaquero, es el nombre que le dan al que la busca en la mina con el cincel y el martillo o en el río echando pala. En la gaaquería, hombres y mujeres por su cuenta, y sin permisos de ninguna índole, abren huecos en las montañas y lavan la tierra en busca de esmeraldas; algunos gaaqueros recorren los túneles que alguna vez fueron explotados por las empresas; otros escarban y lavan la tierra con sus palas, y quienes son más valientes abordan en las noches los túneles, a pesar de la seguridad.

Alba, el rostro de una g.uaquera

La extenuante jornada dentro de la mina oscila entre las ocho y nueve horas al día. La tierra en las manos y el rostro embarrado son fieles testigos del arduo trabajo que implica ser g.uaquera. Si hay producción, si se encuentra el punto verde en medio de tanta tierra, de tanta oscuridad, la jornada se corta porque hay que ir a vender, hay que ir a ver el producido. Pero si no hay, “se devuelve uno con la pala arrastrada porque no hubo nada, con la tristeza, con los problemas”, resume Alba. La mayoría de las noches se llega con las manos y el estómago vacíos.

La incertidumbre es lo único a lo cual aferrarse. Un día es posible lograr sacar una piedra, pero luego pueden pasar meses, y no se consigue nada. Antes del conflicto y la llegada de las multinacionales a la región, recuerda Alba, todos los días había comercio, a diario se sacaba esmeraldas y se podía comer. Ahora no hay piedras, no hay para g.uaquear, no hay para sobrevivir.

Tal como relata Alba, las experiencias en la mina son únicas, a pesar de que haya una pelea constante con sus compañeros, a pesar de que el trato puede llegar a ser rudo, brusco, quienes se autodenominan g.uaqueros no se muestran afectados con la crudeza del trabajo y de las relaciones toscas, frías y muchas veces bufonas. El panorama es cambiante, y cuando hay un accidente, los días son pesados. “No se reacciona como debería, se dejan personas abandonadas, por la misma necesidad de salvarse uno”, afirma. **Prima la necesidad de salir del momento, de seguir en su propia lucha.**

A pesar de la rudeza del ambiente en el que resulta ser su segundo hogar y de los tratos con quienes resultan ser su segunda familia, las risas resuenan constantemente, con un eco más fuerte que cualquier otro sonido. Hay esparcimiento dentro del sufrimiento, la distracción es un polo a tierra, la única forma de hallar equilibrio y aguante. Se saca provecho cuando se toma una cerveza, o cuando hay para compartir un alimento. La cercanía se manifiesta tanto en el trabajo como para disfrutar, para regresar a sus casas. A diario hay alegrías: porque alguien se enguacó, o por un simple chiste, porque se le hace una picardía al otro. No solamente se sufre, a pesar de la situación. **“A pesar de que los bolsillos estén vacíos”**, vacila Alba. Las minas también tienen sus matices.

Dentro de la mina, la competencia siempre está presente. No importa si hay niños, niñas o adultos mayores, la lucha es violenta, como la historia que ha marcado a esta región oculta. Es el uno contra el otro, sin condiciones ni disculpas. Allí no hay grupo o “sociedad temporal” que importe. En medio de la situación, se impone la rivalidad por quién va a sacar la esmeralda que lo ‘enguaque’ y lo saque de la miseria. Si hay una piedra, la innumerable multitud de cuerpos, botas y palas se dirige al mismo lugar, **el eco de su marcha anunciando el descubrimiento.** No importa si la golpearon o si tocó pegarle a alguien. Es una interminable, riesgosa y a veces enigmática pelea por la esmeralda.

Los gritos, el llanto y las sonrisas en medio de rostros sucios aparecen instantáneamente cuando se saca una piedra, **exterminando cualquier dolor, cualquier tristeza, cualquier cansancio.** La alegría se tiñe de color verde. Se reúne la sociedad temporal, un pequeño grupo organizado previamente para buscar y repartir por partes iguales la ganancia, le ponen un precio y se vende. “Todos tenemos un conocimiento vago de la esmeralda, cada vez hemos aprendido más, sabemos que tiene un valor más alto”, comenta Alba. Esto les permite eventualmente obtener una buena ganancia, mejorar las ventas y reconocer al mejor postor.

Pero dada la escasez, estas asociaciones no prevalecen y se sobreponen los intereses personales, tanto a la hora de encontrar una piedra como al comercializarla. La producción para g.uaqueros y comerciantes ha disminuido. En ocasiones, quienes encuentran las esmeraldas emprenden un viaje hacia una Bogotá gris y uniforme para llevar su piedra verde, para encontrar el mejor comprador, con la esperanza intacta, resguardando aquella piedra como **el mayor tesoro que les dará un respiro, un plato de comida.**

Pero como narra Alba, los altos gastos económicos y la desconfianza con el comerciante capitalino, destruyen la ilusión de encontrar una ganancia razonable.

Además de las dificultades diarias de la g.uaquería, Alba con descontento y frustración en la mirada, afirma que lleva en su espalda no solo las herramientas de su oficio sino el peso de las responsabilidades que la sociedad esmeraldera le ha dado a todas las mujeres de Occidente: “siempre hemos sido fundamentales en la zona, pero no hemos sido valoradas en nuestro papel”. Aun así, estas mujeres, aunque confinadas por las labores hogareñas y de cuidado, se fueron a las minas a g.uaquear **a labrar con su pico y su pala un futuro para sus familias.**

Su cabello corto y castaño hace juego con la sencillez de su vestir; a lo lejos se le reconoce por los tres destellos verdes que emanan de su cuerpo, uno en cada oreja y otro colgando de su cuello, como símbolo de su orgullo e identidad g.uaquera.



Con seguridad, estas son las únicas esmeraldas que su familia ha resguardado generación tras generación. Cuando las demás aparecen, **lo hacen con la promesa de ser efímeras y vendidas al mejor postor.**

En algunas situaciones, cuando no hay con quién dejar a sus hijos e hijas, las mujeres se ven obligadas a llevarlos a la mina a trabajar, dejándolos en directa exposición a los peligros persistentes: un derrumbe, un golpe o al desgaste de su cuerpo por el mismo trabajo, bajo el rayo de sol durante las extenuantes jornadas. La lucha diaria no desaparece, "sin un desayuno, con la esperanza de sacar algo para poder almorzar, para poder comer", afirma Alba.

La falta de oportunidades, el machismo arraigado del Occidente y el no tener control de su cuerpo, hacen que cuando una mujer va a la mina y no corre con la suerte de encontrar una esmeralda, deba seguir en el rebusque, viéndose obligada a aceptar a quien tenga la capacidad económica de pagar un rato con ella. Siendo esta la única manera de sobrellevar la suerte y poder conseguir alimentos, cubrir sus gastos y hacer que su familia pueda sobrevivir. Otro camino en medio de la incertidumbre.

Con 44 años, Alba describe cómo, desde niñas, a todas las mujeres se les educa como "objeto sexual", **a estar en manos de diferentes hombres, sin poder elegir, conformándose con servir** a los dueños de las minas, a lo más adinerados.

Carmen, la esclavitud tras la abundancia

Carmen Ávila nunca ha estado dentro de una mina ni ha ido en las noches a "abrir candado" para poder g.uaquear en los túneles abandonados, pero sí conoce en carne viva lo que es mantener una relación con quien, como muy pocos en la región, tuvo la fortuna de enguacarse.

Su tez blanca contrasta con su cabello oscuro, un contraste más en medio de los miles de contrastes que se evidencian en Muzo, donde nació y creció, en el seno de una familia campesina en la vereda Guadalón. A sus 89 años y con cataratas en los ojos, comenta con firmeza que, por la época de 1940, la explotación minera no era como en la actualidad. Por ese entonces, algunas familias no solo controlaban las minas sino quiénes podían o no trabajar en ellas. Sus primeros recuerdos la remiten directamente a la violencia, esa misma que ha estado **presente en el occidente de Boyacá desde hace más de 60 años.** Su infancia estuvo permeada de episodios de conflicto a causa de la actividad esmeraldera, "era común ver gente de a pie armada o escuchar tiroteos a diario y nadie tenía un porqué", afirma.

Ella es la tercera hermana de una familia de siete hijos: cuatro mujeres y tres varones. Su padre fue asesinado cuando ella tenía 15 años, y Rosa Coy de Ávila, su madre, se dedicó a mantener el hogar y a sus siete hijos.

Dado que el sustento económico dependía exclusivamente de su padre, la situación económica no era la mejor para el número de personas que había que alimentar. Para aquel entonces el señor Carreño, un viejo amigo de la familia, frecuentaba su casa, y si bien él no era un terrateniente, sí era un gUAQUERO que había amasado una pequeña fortuna gracias a esta piedra preciosa.

“Siempre me pareció muy simpático y carismático, **además, de vez en cuando llevaba dinero, mercado y ropa al hogar**”, recuerda Carmen. No tiene presente el momento en el que aquel generoso hombre empezó a fijarse en ella, pero así pasó. Pedro, su hermano inmediatamente menor, evoca uno de los momentos que determinó el curso de su vida, cuando Carmen fue canjeada por el sustento del resto de la familia, como una suerte de dote:

Un día, entre llanto y desesperación, mi madre le dijo a Carmen que Carreño tenía interés en ella, y por esa época las cosas funcionaban así, las mujeres no podían decidir quién les gustaba o con quién podían casarse. Mi madre, doña Rosa, decidió que debía casarse con ese señor.

Ese fue el comienzo de una vida llena de maltrato y de abusos, su mirada refleja el sufrimiento por la violencia física y sexual que padeció. Si tuviese que definir su matrimonio, no usaría la definición de felicidad que dos personas anhelan tener, más bien

definiría como someterse a un hombre poderoso, ser abatida por las ínfulas de poder, enterrada bajo acciones de soberbia, convirtiéndose en un objeto sexual. “Pero por ese entonces, uno se dejaba deslumbrar por el dinero y por un auto. Así viví en silencio una tortura solo por tener una vida decente y asegurar un techo y comida para mi familia”, evoca Carmen.

En su esmero por despedirse de la vida con tranquilidad, y al hacer un recorrido por su historia, expresa con frustración no haber entendido por qué tuvo que cargar con esa gran responsabilidad, pero así fue. Óscar Carreño Cifuentes abusaba sexualmente de Carmen, según sus relatos, casi a diario, y la golpeaba cuando estaba en estado de alicoramiento, jamás se interesó en ella o en brindarle educación. Pero como aquellas situaciones ya las había experimentado en su hogar, pensó que era normal. La violencia era lo cotidiano en cada esquina de Muzo.

Después de vivir un par de años en el municipio, antes de que se desatara el primer gran conflicto por las esmeraldas (1965 – 1971), en 1960 se fueron a vivir a Chiquinquirá, escapando de problemas que tenía su esposo con el dueño de una mina. En este municipio aledaño conoció a las esposas de otros gUAQUEROS, quienes habían corrido su misma suerte: **niñas de entre 13 y 17 años, sin educación, arrebatadas de su hogar** y vendidas a hombres con dinero a cambio de seguridad, comida y vivienda para sus familias.

Parece que el papel de la mujer en aquella época no era otro que ese, “no teníamos participación alguna en la mina y en general en lo que significa la actividad minera, nuestro papel era criar los hijos de aquellos hombres y servirles como esclavas sexuales”, afirma Carmen con rencor.

Este matrimonio a pesar de las circunstancias dejó como fruto a dos hijos, que quedaron huérfanos de padre, cuando Óscar, conocido por algunos como el “loco Carreño”, fue asesinado a tiros en la esquina oriental de la Plaza de Mercado de Chiquinquirá, por haberle robado dinero a uno de los grandes patrones esmeralderos.

Su denominación como patrones esmeralderos cumplía precisamente la intención de generar un aura en torno a ellos: un aura de poder, de sometimiento, de violencia, un anhelo de riqueza fácil, por encima del orden estatal. Como retrató la antropóloga Claudia Steiner en “Esmeraldas en Escala de Grises”, los ‘patrones’ cumplían el rol de poner orden en la región. Más allá de la política, la fuerza bélica y su relación con el Estado, su poder implicaba la identidad de campesino - empresario, con suficiente conocimiento de la región, con suficiente riqueza para tener poder, **con la capacidad de ensuciarse las manos en una mina y con la fluidez económica para limpiárselas.**

Contrario a lo que se concibe, no fue la “falta de presencia del Estado” en la zona esmeraldera lo que llevó a la concentración del poder por parte de los patrones. Al contrario, fue precisamente este tipo de presencia delegada, la que permitió que la región y el negocio terminaran siendo controlados por los ‘patrones’, como afirma Claudia Steiner.

De su familia, Carmen no volvió a saber nada, hasta cuando pudo regresar a su vereda tiempo después. Se enteró que su madre había fallecido, igual que dos de sus hermanos, quienes fueron contratados como pájaros de los ejércitos privados de

los patrones, y murieron en algún ajuste de cuentas. De sus hermanas sabe que dos tuvieron vidas similares a la suya. Otra sí se casó sin sometimientos ni violencias. **Una hermana de cuatro se salvó.**

Carmen logró criar a sus hijos en medio de las dificultades. Después de Carreño pasó por un par de hombres más con características similares a las de su primer marido. Al explicar el maltrato que ha vivido manifiesta que no sabía hacer nada que no fueran labores domésticas, justificando su relación con hombres como Carreño: “la gente siempre nos marginó porque sabían quién había sido mi esposo”. Dado que tenía problemas con muchas personas en Chiquinquirá, atrapada, atada y agobiada por la memoria de su marido, salió de allí para irse a Mata de Café, un barrio de Muzo, donde una prima los recibió.

Para Carmen, es una satisfacción que sus hijos se hayan dedicado a las labores del campo, y aunque no pudo brindarles educación, están **alejados de los efectos de la actividad minera**, viven en Chiquinquirá y trabajan en la plaza de mercado.





La mujer muceña

la presencia de las mujeres en las minas pasan por alto, ellas van a lo mismo: a sacarse su diario, a sacar una piedra para vivir, a entregarse a esa ilusión diaria de alimentarse y alimentar a sus hijos, de mejorar la calidad de vida. Seducidas por el sueño, la esperanza verde, o la suerte de enguacarse.

A Gladys le resulta insensato preguntarle sobre la transformación del rol de las mujeres dentro de la sociedad muceña luego de la firma del Acuerdo de Paz de 1990 que finalizó con las Guerras Verdes. A sus ojos, el cambio no ha sido significativo, y a pesar de las labores productivas que ejercen sobre la tierra, afirma que solo son reconocidas como objeto sexual frente a los hombres y se invisibiliza su aporte económico:

En el municipio de Muzo no importa si la cama quedó tendida, si la casa quedó arreglada, o si se alcanzó a hacer la comida. Si no hay tiempo, así se deja. Las mujeres salen a trabajar, mientras que, en un desafío a los valores tradicionales, los hijos mayores –sean hombres o mujeres– son quienes quedan a cargo de las labores domésticas. Las mujeres muceñas son trabajadoras, de trabajo pesado.

Es así como Gladys Chávez, una mujer que dedicó más de cinco años de su vida a servir a la reconocida familia Molina, dueña de una de las minas más importantes del mundo, describe a las mujeres del territorio. Principalmente después del conflicto que acechó a la región, la mujer g.uaquera desconoce aquel rol de mujer del hogar, **siempre tiene las manos sucias y callosas**, a diario va a echar pala, a hacer trabajos que por la fuerza física se consideran de hombre. Las creencias negativas en torno a

la mujer ha sido relegada, no ha tenido un avance, se ha vivido generación tras generación la misma situación, así no estemos 200 años atrás, cambian las personas, pero sigue siendo el mismo rol, sin garantías, sin fortalecimientos. No se le tiene en cuenta, no se le reconoce su trabajo, solo como compañía sexual, más no hay, afirma.

La común preocupación entre quienes han llevado, de múltiples maneras, las consecuencias de la actividad minera en este municipio es que sus hijos se vean inmersos en este eterno retorno. Que se vean **seducidos, arrastrados, obligados a irse a gaaquear, atraídos por la ilusión verde, por el anhelo de conseguir su propia piedra.**

Según la visión de Alba, "se desencantan del estudio: los niños a la gaaquería y las niñas a conseguir esposo o a ver quién les subsidia más". Cuando otra ilusión verde -la ilusión del dinero- hace de las suyas, de nuevo se repite ese eterno retorno, como si el municipio estuviese eternamente condenado a él: matan a su esposo, ella queda con la responsabilidad de sus hijos y si no tiene la opción de irse a una mina a gaaquear, espera al siguiente hombre que se sienta atraído por su belleza.

En el mundo de la gaaquería, aunque la mujer hace el mismo trabajo que el hombre, no es visibilizado ni reconocido. En palabras de gaaqueras muceñas: "se compra nuestro tiempo, nuestro cuerpo y hasta nuestro pensamiento". En Muzo todo tiene valor: la esmeralda, las armas, el cuerpo, la dignidad de las mujeres. Se les inculca desde niñas que deben servirle a quien tiene posibilidades para sustentarla económicamente a cambio de retribuirle sexualmente, y es ahí cuando empieza a hacerse visible una suerte de prostitución informal, el rebusque. "Aunque en Muzo hay dos prostíbulos, la mujer del común tiende a necesitar algo y a ver quién lo patrocina", enuncia con frustración Alba.

A veces se ve teñido por el azul lúgubre de las lágrimas. A veces se ve teñido por la oscuridad de la violencia sexual. Alba recuerda a una de sus más fieles compañeras en el oficio, una de aquellas mujeres que conformaba la agrupación de movilidad hacia la mina, quien no tenía más de 15 años cuando tuvo el primer hijo. Al ver que su situación económica no era óptima, desde años atrás un minero velaba por su bienestar, y sin pensarlo, se había convertido en un objeto más de su fortuna sexual. Como es normal en la zona, su vida cambió por completo el día que salió de su casa a los 12 años, maquillada como una mujer de 30 y por medio de su hermana mayor, había sido víctima de una venta, que, aunque por necesidad, fue finalmente **víctima de un intercambio, como el de una piedra verde.**

Ella, como algunas mujeres de la región, vio este modo de vida como algo normal y no se sentía vulnerada, ni víctima de uno de los flagelos de la región esmeraldera. Tuvo dos hijos con el patrón que pagaba sus necesidades básicas. Esta relación fue la misma historia, el mismo relato, el mismo dolor que rodea incesantemente a Muzo: él se enguacó, consiguió otra mujer, la abandonó con sus hijos y ella, al no tener otros ingresos se preparó para conseguir otra pareja; un círculo tortuoso que solo acaba cuando no hay enguacado que encuentre atracción en la mujer, cuando los ojos de los mineros miren hacia otro lado. Ya no tenía su radiante juventud y al igual que su hermana, siguió en la gaaquería. En palabras de Alba: "a pesar de ser trabajadora, le toca seguir respondiendo por su familia, sometida de persona en persona y si tiene una hija ella sigue ese ejemplo".

**EL VERDE A VECES SE VE TEÑIDO
POR EL ROJO DE LA MUERTE.**

Es lo que ocurre hoy en los colegios del municipio. Es como si la esmeralda hubiese difuminado la infancia, la hiciese desaparecer, y solo dejara a su rastro verde la misma historia de siempre, la incertidumbre de siempre, la inestabilidad de siempre. Abundan niñas de entre 13 y 14 años embarazadas o con hijos. "Para mí a los 15 años el mundo era el señor que pasaba en la camioneta Toyota y me echaba pito. Yo viviendo en una casa de tabla con mis papás, casi sin qué comer, sumidos en la pobreza, **la única ilusión era que el señor me invitara a subirme a la camioneta**", comenta Ángela, una joven de 20 años que quedó embarazada de un guaquero, hoy es separada, cría a su niño de cinco años y está en espera de su segundo bebé, de otro hombre. Es la realidad que asume una de cada tres mujeres* de Muzo que son cabeza de hogar.

Para la antropóloga Viviana Zamudio, es importante que Muzo empiece a avanzar empoderando a la mujer, entendiendo que la mina no es el único recurso, que no está sujeta a un hombre, sino que en esa unión son compañeros, iguales. Para ella, el Estado debe implementar políticas de equidad de género y así capacitar a las mujeres, mostrándoles sus derechos, contándoles que se puede salir adelante, qué es lo diferente que se puede hacer, brindando formaciones para contrarrestar esas figuras machistas que no solo se ven a nivel monetario o académico, sino que caen en violencias físicas y psicológicas.

Acercar estos conocimientos a las mujeres, abuelas y niñas de las veredas es una forma de subvertir ese destino al que pareciesen estar condenadas, "porque si una niña crece con otra mentalidad de no solo "tengo que conseguirme un marido, entra en el círculo vicioso de la subyugación", asegura.

El destino se cambia inculcando otra mentalidad, una de independencia y de elección propia.

Ante los rezagos de una región que todavía convive con el dolor y la memoria latente de una violencia que parece estar en el pasado, pero manifestarse eternamente en el presente, y de acuerdo con la necesidad de implementar estos programas, también es importante hacer un acompañamiento psicosocial a las víctimas, principalmente las mujeres, para que el pasado quede en el pasado, y que el presente no se convierta en una sombra de la violencia que vivieron. Quienes quedan con el dolor, con sus hijos, el duelo de sus esposos, también el de sus hijos porque se quedaron sin papá y en muchos casos les tocó poner a un hijo varón para que fuera a la guerra.



Que en estos proyectos también se incluya a los hombres, porque hay que reeducar a los hombres: su esposa no es un objeto, es su compañera de vida. Desde los colegios también es importante llevar los procesos. Y se empieza así, denunciando que aquí pasa algo, afirma Viviana.



Como Alba, hay otras mujeres que trabajan por un ingreso extra, en su caso con artesanías. Hace unos años, el SENA fue a su vereda con el propósito de formar a los pobladores. Pero al no haber un apoyo permanente, no han tenido las herramientas para fortalecer y mejorar la calidad del trabajo.

Es como si el municipio se hubiese ocultado de nuevo, como en épocas precolombinas, regresado a las sombras para ser ignorado y olvidado por el Estado, como si esa fuese su forma de conservarse, como si así las esmeraldas pudiesen continuar escondidas en el verde de las montañas.

En sus palabras, aquel trabajo se realiza rústicamente sin conocimiento profundo de la técnica y estética y esto se materializa en la falta de interés de los pocos turistas por comprar, “nunca se dice, de las minas también se hacen aretes o collares”. Y casi como encontrar una esmeralda, un día se vendía una manilla, pero dentro de un mes ya no. “Hay algunas otras que trabajan en jaleas, dulces, pero no hay organización para una feria departamental o municipal, no hay continuidad en los procesos, se quedan en el papel. Sí están las ganas de tener otro ingreso, queremos hacer algo, pero no hay oportunidades”, afirma Alba.

Desde la Corporación para el Desarrollo y la Paz del Occidente de Boyacá (BoyaPaz), se brinda apoyo y acompañamiento a las comunidades, organizaciones e iniciativas regionales que buscan el bien común en los pobladores, y se ha identificado a más de 10 emprendimientos, en su mayoría liderados por mujeres, que han aunado esfuerzos por encontrar una salida económica sin injerencia en la minería.

Para Liliana Cárdenas, representante de BoyaPaz, es fascinante ver cómo desde las Juntas de Acción Comunal las mujeres de los municipios han encontrado una voz, se han levantado de su vulnerabilidad, sentido seguras de representar a sus comunidades y con los programas de la Corporación se les ha dado protagonismo y otro tipo de herramientas y capacidades para explotar. Es el caso de Asecol, **la iniciativa que reencarna el aguante de la mujer muceña en una nueva forma de adquirir ingresos: el reciclaje.**

El conflicto por las esmeraldas

En el Occidente ha habido grandes conflictos entre familias o las esmeraldas, pero eso a uno no le compete.

Uno con divulgar algo, no va a generar un cambio.

Se necesita un acompañamiento y creación de oportunidades”, Alba.

Entre 1965 y 1989, cuando la guerra verde pintó el paisaje de rojo sangre, la región enfrentó diferentes conflictos y muertes de patrones, lo que generó diversas disputas por el poder territorial y el control del negocio esmeraldero. Como plasmaron Ana María Jaramillo y Francisco Gutiérrez en su investigación Pactos Paradójicos, cerca de 3.400 personas murieron en estos sangrientos enfrentamientos de la historia del occidente de Boyacá.

El terrorífico recuerdo que oscila en común entre los habitantes de la región, es reconocido por los enfrentamientos entre clanes familiares territorialmente definidos y su principal causa: las ansias de controlar la operación minera de esmeraldas, especial-

mente en Muzo, Quípama, Maripí y San Pablo de Borbur, reconocidos como los municipios productores de esmeralda.

A los individuos del territorio los dividía **una frontera invisible que les señalaba el límite geográfico entre la vida y la muerte**. Este conflicto estuvo enmarcado en tres periodos: el primero de 1965 a 1971, el segundo de 1975 a 1978 y el último de 1985 a 1989. El Estado por su parte, y a diferencia de lo ocurrido durante el Conflicto Armado Interno, no fue un participante directo en ninguna de las tres guerras que se perpetraron en la región, su intervención estaba relegada a las autoridades mineras y como agente pacificador entre los grupos de esmeralderos rivales. Era un conflicto camuflado tras el verde de la vegetación de la región, tras el verde de las esmeraldas.

La paz fue difusa, borrosa, inconclusa, oscura y efímera en esta región. Intentos, tras intentos, tras intentos. Después de tenerla en sus manos, la paz se teñía de verde, y se convertía en otra guerra, en una disputa más por el control, por el dominio. Cuando en la década de 1960 se descubrió la mina de Peñas Blancas en el municipio de San Pablo de Borbur, el promedio de minería clandestina (guaquería) aumentó en un 57 por ciento y con él, el índice de corrupción en el sector, como expuso el cronista Pedro Claver en su libro *La Guerra Verde*.

Surge también la manifestación de grupos de "autodefensa esmeraldera", entre ellos los 'Pájaros', liderados por Jair Giraldo y Efraín González, el bandolero opositor más buscado en Colombia en aquella época. La primera de las llamadas Guerras Verdes inició en 1965 con la muerte de González a manos del Ejército. De allí en adelante, el conflicto sólo se agudizó.

El enfrentamiento se perpetró entre el clan de la familia González Guerra y las familias Ávila, Murcia y Molina, también llamados 'La Pesada', quienes dominaron la producción ilícita de esmeraldas durante la primera mitad de la década de los 60, gracias a la acumulación de recursos durante ese periodo. El enfrentamiento dejó cerca de 1.200 muertos y en 1973, para darle fin a la confrontación, el Gobierno cerró las minas, **militarizó la zona y desalojó a más de 15 mil guaqueros**, tal como lo describió Claver.

Pero como si esta región mística continuase envuelta en el eterno retorno, en la necesidad constante de repetir una y otra vez su historia sin importar cuantas veces anhelase salir de ella, la segunda Guerra Verde empezó en 1975 después de quebrarse una frágil paz, que más que paz fue ausencia de violencia entre ambos grupos. Este nuevo episodio de enfrentamientos se dio por el control y la producción de la mina de

Guerras Verdes en el Occidente de Boyacá

1

1965 - 1971

Muerte de Efraín González

1975 - 1978

Licitación a particulares

2

3

1985 - 1989

Enfrentamiento de familias que incumplieron los pactos

1990

Firma del acuerdo entre Carranza y Pequinés

PAZ

Coscuéz, en San Pablo de Borbur sumado a varias venganzas de los sobrevivientes de los clanes familiares que se enfrentaron durante la primera guerra.

En este periodo, el Gobierno nacional inició la licitación con compañías privadas dedicadas a la extracción minera, lo que permitió firmar un acuerdo de paz en 1978 y con este, el fin del segundo enfrentamiento. En el convenio, las minas de Muzo quedaron bajo el control de Isaura Murcia y luego de **Gilberto Molina y Víctor Carranza, los patrones esmeralderos más reconocidos de la región**, que hicieron honor a su nombre, a su autodenominación.

Esta paz duraría solo seis años, y en 1985 se desataría la tercera Guerra Verde que a diferencia de las anteriores tuvo un impacto amplificado en ámbitos sociales, políticos y económicos, principalmente por la presencia del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, a quien se le adjudica el asesinato de Gilberto Molina. El enfrentamiento llegó a su fin a finales de 1989 con la muerte de Gacha y la firma del Acuerdo de Paz bajo la orientación del Obispo de la Diócesis de Chiquinquirá, Monseñor Álvaro Raúl Jarro Tobos, por petición de los líderes de ambos sectores.

Durante las Guerras del Occidente existió una jerarquía femenina que estaba determinada por los hombres con quienes se relacionaban las mujeres, bien fuera sus padres, sus maridos o sus amantes. En la cúspide de la pirámide se encontraban las esposas de patrones que por decisión de sus maridos migraron a Bogotá durante el auge de las guerras. Enseguida estaban las hijas y hermanas que pertenecían a familias de renombre y tuvieron que casarse por orden

de los hombres que las rodeaban como símbolo de alianza entre clanes para mantener el control y el poder de sus negocios. En la base de la pirámide, sepultadas por kilómetros de minas y túneles de tierra, en la búsqueda desesperada de sus esmeraldas, se encontraba el grupo de mujeres, familia de los gUAQUEROS de base, que padeció los horrores del conflicto en sangre propia, **al tener que llorar a sus esposos, hijos, hermanos y padres, asesinados en las guerras por la esmeralda.**

Aunque han pasado 30 años desde que se firmó la paz en la región esmeraldera, la mayoría de los pueblos en el occidente de Boyacá siguen demandando al Estado que les garantice sus derechos económicos, sociales y culturales. La población reclama la falta de profesores en los colegios oficiales, las vías de acceso, los hospitales y, sobre todo, el incierto futuro de las niñas, niños, mujeres y jóvenes hijos de la guerra, que se ven arrastrados poco a poco hacia el laberinto verde.

A raíz de la violencia, y como Gustavo Zamudio, presidente de la Asociación Amigos de Muzo, reflexiona, **“los empresarios optaron por reducir la ayuda que daban a la gente**, sistematizaron las labores, llegaron con tecnología, a controlar la región; porque últimamente solo le dan concesiones a empresas extranjeras”. Desde su Asociación, Gustavo busca crear, promover y fortalecer el desarrollo de proyectos educativos, deportivos, culturales, recreativos, económicos y sociales como herramientas para la construcción del tejido social para mejorar la calidad de vida de los habitantes del municipio.

Una compañía le puede dar empleo a 1.000 personas, cumpliendo con la carga laboral y prestacional, buenos sueldos, etcétera...cosa que nunca se había visto en la región. Pero somos unos 8.000 habitantes y más del 90 por ciento queda desamparado, asevera Gustavo.

La población restante, los habitantes que antes y durante las Guerras Verdes vivían de las esmeraldas, quedan sin el sistema propio adoptado décadas atrás como tradición: el enguacado de turno le colabora económicamente a los demás, dándole mercado al suegro, a la tía, al cuñado, pagándole la universidad a la sobrina que está en Bogotá.

Una sola persona sostenía a otras 20 a su alrededor.

A la llegada de las multinacionales

Con la firma del Acuerdo de Paz, compañías multinacionales llegaron a la región. Este es el caso de Minería Texas Colombia (MTC), que ha residido en el municipio de Muzo desde hace más de 10 años, en lo que antiguamente se conocía como la Mina de Muzo del poderoso “zar de las esmeraldas” Víctor Carranza (1935 – 2013). Y aunque según sus cifras oficiales generan alrededor de 1.800 empleos directos e indirectos entre Boyacá y Bogotá, la percepción común es poco alentadora. Algunas mujeres han sido contratadas formalmente, pero siguen representando a un bajo porcentaje del total.

La esperanza persistente de los gUAQUEROS y gUAQUERAS de la región es que, no solo la MTC, sino alguna de las multinacionales de la región, les regalen tierra para lavar y gUAQUEAR. Pero esto termina siendo una ilusión, un hecho no plausible, dada la carga nor-

mativa que acoge a las compañías y los controles estrictos para el lavado de la tierra: **siembran árboles encima y hacen jardines, así los gwaqueros no pueden ejercer su labor.**

Esta situación se presenta porque la Corporación Autónoma Regional (CAR), Corpoboyacá, para sus efectos en el departamento, y el Ministerio de Ambiente refuerzan el cuidado y no contaminación del agua. Las empresas deben entregar el agua limpia y el gwaquero al lavar la tierra la ensucia. Al desconocerse como actor estructurado ante el Estado, los gwaqueros no entran en las dinámicas de formalización, y de alguna manera el temor ante la normalización es latente. Los compromisos legales y económicos son exagerados para el gwaquero común, mientras que las empresas, por su composición, están preparadas para responder ante estas obligaciones. Los gwaqueros se enfrentan a los gigantes, y es una batalla silenciosa en la que las probabilidades no están a su favor.

Cuando de repente las compañías sacan costales de tierra, logran 'enguacarse' con 100 o 150 mil pesos, pero eso no alcanza para montar un negocio o brindarle educación superior a sus hijos. Por fuera de las minas tampoco se puede picar, como asevera Alba, "hicieron imposible al 100 por ciento que personas del común podamos acceder a una concesión, pueden las multinacionales extranjeras, **a nosotros nos aniquilaron**".

Desde la Asociación Amigos de Muzo, se han presentado solicitudes a las multinacionales con el fin de comprar el retal, lo denominado 'café pasilla', para que la gama de artesanos y talladores que hay en la región la procese y así fomentar la joyería artesanal

local, pero hasta el momento no han accedido. Tampoco han tenido éxito al presentar proyectos a diferentes entes gubernamentales para acordar garantías para la comunidad "y tal vez a causa de nuestra ignorancia nos los devuelven por mal elaborados, la burocracia basta, está mal hecho, le falta esto o aquello y siempre nos rechazan", comenta Gustavo.

La mayoría de las compañías están obligadas a generar espacios de beneficio a la comunidad como parte de su responsabilidad social corporativa. La MTC, a través de su fundación, implementó un comedor comunitario que beneficia alrededor de 200 adultos mayores, pero ignora las peticiones de los gwaqueros y gwaqueras.

Actualmente, la situación de pobreza es crítica por la falta de trabajo, las multinacionales acapararon la tierra en la que tradicionalmente se realizaba la gwaquería, afectando aún más la escasez de piedras y aumentando la migración de quienes ejercen en el mundo esmeraldero y de sus familias. Es así como se manifiesta una **nueva diáspora de los "desplazados de las esmeraldas"**.

"En mi época, yo nunca me enguaqué, pero hice platica, comerciando hacía 1 millón, 2 millones. Gracias a eso pude agarrar un bus y llevar a mis hijas a Bogotá para que estudiaran y tuvieran una mejor calidad de vida. Las personas que están criando hoy, no tienen cómo hacerlo", comentó Gustavo.

Para el gran porcentaje de muceños que dedicó su vida a la minería, el panorama no es alentador, sus prácticas y saberes se relacionan con la esmeralda, no con carpintería, mecánica o panadería. Y aunque desde la Alcaldía de Muzo se ha venido incentivando

la producción de cultivos de cacao, se requiere apoyo en otras actividades económicas para solventar las necesidades de la comunidad.

Las multinacionales que llegaron a la región necesitan de productos de la canasta familiar (plátano, yuca, naranjas, papa) y la tierra de Muzo es capaz de producirlos, pero al pequeño campesino no le alcanza la cosecha para suplir la demanda y es ahí cuando los traen de otros territorios. Muzo solo conoce el verde de las esmeraldas. Ha sido su bendición y su maldición. Una de las premisas que converge entre los muceños es la falta de acompañamiento e interés del Estado en formación y preparación ante las ya mencionadas circunstancias.

Pero hay quienes se resisten a dejar la esmeralda, y es así como una vez más, de manera informal se establecen nuevos cortes mineros, se abren huecos con pólvora artesanal en las montañas, con la esperanza de encontrar esmeraldas entre las profundidades del territorio muceño, a pesar de los peligros.

A más de 400 metros de profundidad, donde la tecnología de enfriamiento es realmente precaria, **la oscuridad es casi absoluta, salvo la luz del casco, y sea cual sea el oficio dentro de la mina, se sale totalmente embarbado y empapado en sudor** por las altas temperaturas, se encuentra a no más de ocho trabajadores, personas que han vivido de esta actividad económica durante décadas y siguen esperando el azar de poder enguacarse.



Foto por: Carolina Delgado, integrante del Semillero de Economía y Sociedad en Boyacá, Universidad del Rosario, 2019

Nelson no aparenta más de 40 años y ha conocido la minería por más de 25. Ha sido su vida. Escogió ese trabajo porque es lo que más disfruta hacer. Es duro, difícil y pesado, pero sintió esa atracción por las esmeraldas. Desde las profundidades de esa mina clandestina, no puede esconder su inconformidad ante la llegada de las multinacionales porque según él, le han arrebatado la posibilidad de brindarle un futuro a sus hijos:

las esmeraldas son nuestras, de los colombianos, ¿por qué tienen que venir a llevárselas a otro país? Aquí tenemos los mejores talladores del mundo, los mejores artesanos. Las multinacionales no entienden, no saben lo que hay acá en el occidente de Boyacá, solamente les importa llenarse de dólares y no mirar al pueblo. Hacen daño a cientos de familias, porque los que se benefician son muy poquiticos, asegura.

Antiguamente, los patrones del Occidente brindaban a los gUAQUEROS la oportunidad de sacar un 'pucho' de tierra para lavarla y así tener algo de ganancia. Ahora se saca y la tierra se va para una banda transportadora o un cuarto de lavado, y ya no hay oportunidad. Para Nelson, la minería ya no es una aspiración porque así una multinacional le brinde regalías a un pueblo, **un niño no va a tener futuro porque hay corrupción**, las ayudas nunca llegan, "cuando no es un lado es por el otro, cuando no es por el lado de las multinacionales es por la corrupción de los políticos, asegura.

Con un martillo eléctrico en la mano y un montón de piedras que alcanzan casi sus hombros, se encuentra César Quiroga, un gUAQUERO que salió de Coper cuando tenía 15 años en busca de esmeraldas y Muzo lo adoptó. Explica la rutina en el corte, como al cepillarse los dientes, "se perfora en la pared y se tirotea con explosivos para el avance, yo soy el puntero, yo soy el que lleva el frente, el gajo y el inclinado".

En el corte, los trabajadores están aproximadamente ocho horas, pero no de corrido, porque el humo de la pólvora se demora alrededor de dos horas despejando el lugar. Luego se limpia el corte, se saca la tierra y las piedras, se recoge la carga para sacarla en los carros a la superficie y desprenderla para ver cuándo salen las esmeraldas.

"Este trabajo es muy incierto, no se sabe en cuánto tiempo se puede sacar una verde, puede ser mañana puede ser dentro de uno o seis meses, uno nunca se sabe para dónde va la movida", comenta César. Mientras esto ocurre, reciben un salario mínimo, **con la esperanza seductora, con la ilusión incierta, con la incertidumbre, con el anhelo de encontrar suerte**, de envolverse en el rastro violento de las esmeraldas para escapar de su predestinación.



Una opresión perpetua

Un relato temprano describe, con cierto sobresalto, cómo los muzos asesinaron a soldados españoles utilizando flechas envenenadas, y luego se los comieron crudos, sin ningún tipo de preparación. Después de algunos intentos fallidos, realizados en 1538, 1545 y 1550, un cuarto grupo bélico de españoles, fuertemente armado, dirigido por el capitán Pedro de Ursúa, fue capaz de establecer un pequeño asentamiento fortificado en el área: Federación Nacional de Esmeraldas de Colombia,

Así fue como bélicamente los españoles llegaron a Muzo en busca de esmeraldas. El eterno retorno. Los indígenas Muzos y Caribes fueron asediados por los conquistadores y entraron en conflicto, los asesinaron a todos, incluso a los niños y a las mujeres que se opusieron. Mataron a las más ancianas y dejaron a las más jóvenes, esclavizadas como objetos sexuales y como cultivadoras de los productos comestibles. Las mujeres de la época tuvieron 15, 20 o 25 hijos de diferentes hombres porque todos las sometían. Más tarde esta nueva generación creció, hubo un cruce de sangre española con sangre indígena, y quienes regresaban a sus tierras natales, enviaban a otros a relevarlos. Así hasta el año 1.900, aproximadamente.

En los siglos posteriores a la conquista, la opresión se extendió a otras regiones del país, como Santander, Antioquia o los Llanos Orientales, **un efecto dominó que dejó a su paso sangre, muerte y violencia.** Históricamente, las minas han sido objeto de invasión por agentes

externos: “los raizales de Muzo hemos sido sometidos siempre, nos engañaban llevando espejos o comida”, comenta Alba. **Cuando alguien se rebelaba, era asesinado.** Y entre estas repetitivas dinámicas volvían a ser esclavizadas las mujeres, teniendo hijos de los opresores de turno.

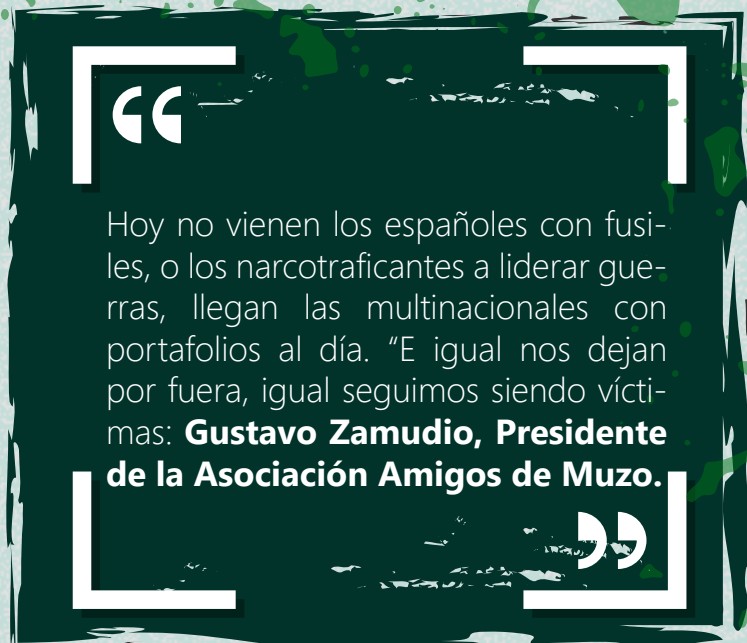
Cuando el Gobierno expidió el Decreto 186 de 1947, el Banco de la República era la única entidad que podía explotar, tallar, comprar y vender esmeraldas en el país. Este hecho demostró ser un desastre económico, empeorando la situación, ya que el Banco decidió no vender la mayoría de las esmeraldas extraídas, “por temor a inundar el mercado mundial y afectar el precio internacional”, como asevera el historiador Jacinto Pineda, en su texto: Territorio y poder: caso zona esmeraldífera occidente de Boyacá, 1960-1973. Sin más, la corrupción entre los funcionarios arrasó y la extracción ilegal y clandestina de esmeraldas superó fácilmente los cálculos oficiales.

En medio de las Guerras Verdes, también existieron las oportunidades, pero para

unos pocos, que encontraban en ellas su pasaporte directo a la riqueza, pero también casi que una condena eterna. La operación de la mina de Muzo se adjudicó en 1976, a la firma Sociedad Minera Boyacense Ltda. y empezó su operación un año inmediatamente después. En el periodo de formalización, y póstuma constitución de la sociedad denominada Tecminas, en las minas se trabajaba de una manera doméstica, no existía una retribución económica fija, pero había oportunidades.

Como relató Carmen: “el obrero podía coger una piedrita y echársela al bolsillo o las empresas botaban la tierra para que los gaaqueros la lavaran y de ahí salieron bastantes esmeraldas, así se lograron enguacar algunos amigos de mi esposo el loco”. Este sistema hizo que los hombres consiguieran esmeraldas, dinero, armas y mujeres.

En Muzo se respira el anhelo conjunto de las mujeres que esperan que sus hijos no repitan su historia, y que han dedicado un esfuerzo mayor para que salgan a estudiar. Quizás esta vez no estén sometidos al eterno retorno. Quizás esta vez la historia cambie. “El hecho de que mis hijos han salido, no quiere decir que nosotros hayamos salido”, afirmaba Alba. Para ella, la frase cliché de ‘los niños son el futuro del pueblo’ resulta precisa para comenzar a desarraigar esta tradición de patronato forzada en Muzo, que es inculcada principalmente por personas de los otros departamentos, reforzando los estereotipos. En sus palabras, **“ha sido una contaminación de todo el país, llegan y simplemente nos explotan a su manera y las afectadas somos las locales”**.



*Cifras extraídas del último Censo Nacional del Departamento Administrativo Nacional de Estadística 2018.